

## El mundo financiero y la militarización del pensamiento

Una de las novedades más interesantes que puede observarse en el funcionamiento de los gobiernos Occidentales (la “cosa pública”), sobre todo en aquellos donde, como Estados Unidos o Alemania, la simbiosis entre estructuras militares y estructuras de gobierno son palpables, es el hecho de que, *ex profeso*, se confunde entre análisis y predicciones con injerencia e influencia para que algo suceda. Tal vez el caso, no por casualidad, más interesante es el de las instituciones financieras, las cuales despliegan un burda cohorte de teorías, lenguajes y títulos académicos, para esconder la simplicidad de su planteo: toda expresión pública debe estar encaminada a formentar el favorecimiento económico de los intereses que el actor que habla (o escribe) representa. Por ello es que los actores insisten en presentarse como analistas objetivos y con el *training* adecuado —o, mejor dicho, hacen condición *sine qua non* de su aparición la exhibición corporativa de estos aspectos. Y, sin embargo, es una pantomima porque ya no es posible establecer para ellos una diferencia entre decir lo que se ve y decir lo que se quiere ver: de allí que la incerteza acerca del porvenir se acrecienta cuanto más los actores se sitúan e instalan en un futuro del actual presente. Esta ausencia de proyección y de distancia es tal vez la limitación intelectual más relevante en la corporativización generalizada del presente que estamos viviendo.

Este *síndrome financiero* tiene lugar a todos los niveles y dominios, de manera tal que hasta el académico que se ocupa de literatura no es ya capaz de distinguir entre sus argumentos y la estrategia para que los mismos adquieran un lugar institucional o una *visibilidad* determinada. El mundo financiero entonces no es aquel que ocupa la City o una parte de la economía. En la actualidad toda *cosa pública* es parte del mundo financiero, el cual se ha convertido en una lógica de pensamiento y en una forma de percibir. La idea de que no hay diferencia entre la puja por intereses y privilegios y los análisis o pareceres de cualquier autor o actor social es un reduccionismo necesario y frecuente en el mundo financiero. Y menos que por razones éticas este planteo es condenable por la simplificación intelectual que

presupone, ya que el mismo sólo funciona si creemos, no sólo (i) que siempre puede obtenerse lo que uno se propone —hipótesis que llamaremos colonial—, sino también (ii) porque asume que toda descripción de una situación o problema se hace siempre con el mismo sistema conceptual —hipótesis que indicaremos como científicista. Es éste el primer rasgo de *militarización*: hay que concebir el universo de discurso a partir de condiciones forzosamente estables para poder implementar un razonamiento. A esta ilusión de inmovilidad y de “realismo” es a aquello a lo que constantemente se refieren los gobernantes y *managers*, como la *ultima ratio* que justifica su pensamiento.

Los observadores de la City —y del *banking system* en general— se dividen en tres categorías: (i) aquellos que asientan la relevancia y bases del sistema en los llamados recursos humanos (*managers*, *CEOs*, reglamentos acerca del personal, etc.) y en los aspectos prácticos cotidianos (operatividad, logística, etc.) —por ejemplo, la teoría de *management* de Henry Mintzberg; (ii) los que sostienen que son los esquemas y planes *económicos* (teorías, *policies*, etc.) quienes hacen evolucionar el sistema —por ejemplo, la *new trade theory* of Paul Krugman; y, por último, (iii) quienes aseguran que los límites de sistema están dados por los límites sociales —por ejemplo, el caso clásico de la llamada “economía social de mercado” postulada por autores como Franz Oppenheimer, Walter Eucken, Wilhelm Röpke, Franz Böhm y Alfred Müller-Armack, quien elaboró el término original de *Soziale Marktwirtschaft*.

Esta situación de diversidad corresponde, por ejemplo, con el planteo sociológico acerca del capitalismo contemporáneo de Pierre Bourdieu (véase *La Distinction. Critique sociale du jugement* [1979]; *Raisons pratiques. Sur la théorie de l'action* [1994]; *Les Structures sociales de l'économie* [2000]), para quien existen tres formas de capital, entendido éste de manera clásica, es decir, como elemento relevante de la producción (junto con tierra, trabajo, *management* y organización) o como *stock*. Estas tres expresiones de capital son: el económico, el social, el cultural. El capital económico se corresponde con la segunda forma indicada, el capital social (comunitario) se adecua a la primera perspectiva indicada, y, finalmente, el capital cultural expresa la tercera perspectiva.

Aquello que resulta interesante es que ninguno de estos *approaches* considera lo financiero como un dominio capaz de adquirir una dimensión global y, sin embargo, es justamente lo que sucede: el aspecto financiero atraviesa todas las

perspectivas y dominios. Es por ello que incluso el mismo Bourdieu introduce la idea de una especie de *sobre-capital*: es el llamado *capital simbólico* (o también “poder simbólico”) (véase *Choses dites* [1987]). La absolutización del capital simbólico, por emplear la caracterización de Bourdieu, es el *mundo financiero* tal como aquí lo indicamos.

Tanto Jean Baudrillard (1929-2007) (*Pour une critique de l'économie politique du signe* [1972]; *Le Miroir de la production* [1973]) como en Jacques Derrida (1930-2004) (*Marx en jeu* [avec Marc Guillaume, 1997]; *Spectres de Marx*, [1993]; *Marx & Sons* [2002]), entre otros autores europeos, han comentado y analizado los límites y alcances contemporáneos de la noción de *economía* en términos de Karl Marx —quien ha sido, de todos los analistas europeos decimonónicos, aquel que más ha insistido en generalizar los análisis economicistas a todo dominio especulativo. Incluso Bourdieu, en *Choses dites*, hablaba ya un una especie de “economía de la economía” para indicar a esta dimensión financiera, la cual, por otra parte, era caracterizada en una justa dimensión de “pouvoir de *worldmaking*” (Bourdieu, *Choses dites* [1987]: 163). Aunque él también hablaba, a modo clásico, de una “racionalidad” o “cálculo racional” que poco o nada tiene que ver con esta dimensión financiera (Bourdieu, *Choses dites* [1987]: 130-131 y 160-162). De modo tal que sugerir una *generalización economicista*, como hacen algunos autores locales para expresar el mundo financiero, no constituye una comprensión acabada de la dimensión del problema de la percepción, de la especulación y de la construcción de un ámbito local en la actualidad. El fenómeno de la existencia de un mundo financiero no es económico, aunque la noción de finanzas se haya vinculado al *banking* y a la administración de los Estados y las corporaciones. De hecho —y paradójicamente— uno de los grandes problemas económicos de nuestra época es justamente que la dimensión financiera no es ya controlable ni comprensible dentro de parámetros económicos o bancarios.

La presencia omnicompreensiva de lo financiero —la existencia misma de un mundo financiero trae aparejada una *militarización* generalizada de los intercambios y de las comunidades —Bourdieu, en este sentido, si bien llegó a plantear la situación de “reproducción del poder” (*Raisons pratiques. Sur la théorie de l'action* [1994]; *Les Structures sociales de l'économie* [2000]), nunca imaginó el extremo al que con la evolución temporal podría llegar. Esta situación no constituye, como es obvio, una

militarización en sentido clásico, es decir, introducir un reglamento decimonónico de campo militar en la administración del Estado, sino, por el contrario, implica el desarrollo de una nueva, más sutil y mucho más efectiva forma de coersión, de organización y de orientación pedagógica.

El énfasis reciente puesto (i) en las cuestiones acerca de la moneda, (ii) en los reglamentos y disposiciones acerca de la seguridad, (iii) en afrontar el tema de la movilidad poblacional a partir de ideas étnicas, (iv) en definir la recesión económica como un atentado social *contra* las ganancias de las corporaciones, (v) en construir una analogía entre la pérdida de ganancias de las corporaciones con un cuestión social de la comunidad toda, (vi) en asociar progreso y evolución personal con posesión de aparatos tecnológicos y con proyecciones hipotéticas acerca de sistemas de pensiones y jubilaciones. El énfasis puesto en estos aspectos, decimos, prueba ulteriormente la militarización que comporta este mundo financiero. El periodista argentino Horacio Verbitsky define esta situación de manera eficaz y clara:

El domingo pasado, el diario *Boston Globe* publicó una entrevista con el ex subsecretario de Defensa Joseph S. Nye Jr., a propósito de su libro *The Future of Power* [2011]. Para Nye la “guerra de cuarta generación” a veces “no tiene campos de batalla o frentes definibles” y “la distinción entre civil y militar puede desaparecer”. En el reportaje sostiene que en este siglo prevalecerá lo que llama el “smart power” o poder inteligente, que define como la combinación de coerción y persuasión. La canciller de Obama, Hillary Clinton, caracteriza su política exterior con el mismo término. Comenta un economista argentino: “Esto tiene el mérito de aparear a la tasa de interés con los B2 como instrumentos de poder y pintar el clima de época. No hay nada más violento, coercitivo, que la moneda, que no es otra cosa que poder político impreso de curso legal”. (en *Página 12*, sección El País, domingo 13 de febrero de 2011).